

Rusa Navidad

Por Víctor Núñez Fernández

Tatiana aún recordaba los insultos y gritos. Sus paisanos de aquella ciudad siberiana no toleraban que nadie acudiera a aquella vieja y marginal iglesia ortodoxa a celebrar fiestas “alienantes”. Ella iba de la mano de su abuela, era muy pequeña y su recuerdo muy vago. No volvería a celebrar ninguna Navidad más en Rusia tras la muerte de su abuela. Durante el resto de infancia, adolescencia, incluso madurez nunca volvería a sentir la emoción de aquella fiesta proscrita. Su madre temía demasiado a los vecinos, miembros del partido comunista que controlaban los hábitos y costumbres de todas las familias del horrible bloque de hormigón. Definitivamente, el odio y fanatismo soviético, en su afán por borrar cualquier atisbo de religión en el pueblo -aquel nefasto opio- habían relegado cualquier celebración religiosa a la clandestinidad, incluida la Navidad.

Llegó a España muchos años más tarde buscando a su hija para intentar rescatarla de las viscosas garras de la prostitución. En sus primeros años en Madrid había vivido la Navidad como una celebración comercial y extravagante, una fiesta del despilfarro sin más, un sinsentido a los ojos de quien había pasado hambre y visto como la gente moría aterida y desnutrida en las calles. Un periodo vacacional para unos niños que creían en los regalos y en el poder del consumo más que en los Reyes Magos, o el gordiflón de Papa Noel que se le antojaba un personaje extraído de una película de Disney. También veía desde sus sufridos ojos como muchas familias temían ese periodo por el engorro de no saber qué hacer con los niños durante dos semanas largas. Esto igual le proporcionaba alguna ingreso extra, al ser requerida para el cuidado de los hijos o nietos de alguna de las familias para las que trabajaba como asistente de hogar.

Le llamaban poderosamente la atención las luces de la navidad en las calles, y cierta sensación de solidaridad en algunas personas, no en todas. Las sonrisas de los niños más pequeños ante el escaparate del gran centro comercial con todos esos juguetes que ella jamás podría haber imaginado en su infancia. En esos momentos se le pasaba por la cabeza la muñeca de trapo y cuerdas que su abuela le había regalado un día de enero.

Todas estas cosas pensaba mientras iba en el autobús que la llevaba a casa de los Fernández, una familia española de clase media, simpática y cariñosa. Ellos la habían

tratado con respeto y humanidad, justo lo contrario al trato recibido en sus años al servicio del antiguo ejército soviético donde cocinó durante años en un cuartel siberiano. También muy diferente a las formas de su marido, aquel borracho brutal que la golpeaba con saña por cualquier motivo. Era la mañana del día 24 de diciembre y allí se dirigía como todos los miércoles para limpiar y planchar durante cuatro horas. Además, ese día tenía un cometido especial. La señora le había pedido la semana anterior que planchara y preparara con mucho cuidado la mantelería y servilletas que se utilizarán en la cena de Nochebuena. Una cena que le resultaba misteriosa después de vivir en España cinco navidades, al ver el estrés, pero también la ilusión de la inmensa mayoría de los españoles ante ese evento tan especial.

Estaba terminando de planchar cuando llegaron los señores con su hija. Iban cargados de bolsas de un centro comercial. Ellos la saludaron con alegría y la niña con un sonoro beso. Cuando ya estaba recogiendo las cosas para marcharse a su estrecho piso compartido en el extrarradio madrileño, pensó que esa noche su hija tampoco estaría con ella ya que en el club nocturno esa noche habría “jaleo”, como decía su hija. Fue a despedirse de los señores cuando la niña le preguntó: “Tatiana, ¿con quién vas a pasar la Nochebuena?”. Por un momento no supo qué decir, pero al final dijo la verdad: “Sola”. La niña miró a sus padres con extrañeza pidiendo una explicación, no entendía que alguien pudiera pasar un noche tan especial sola. Sus padres se miraron y fue la señora la que le dijo: “Esta noche la pasarás con nosotros y con nuestra familia”. Al principio se negó, pero el señor insistió tanto que finalmente aceptó casi a la fuerza.

Nunca más olvidaría aquella noche, los villancicos, la deliciosa comida, la ilusión de la niña al irse a la cama pensando que el gordinflón barbudo traería un pequeño adelanto de los Reyes Magos y lo dejaría junto al árbol de navidad. Antes de irse la niña a la cama miró a sus ojos y en su brillo quiso ver la imagen de su abuela sonriendo y deseándole feliz navidad en ruso.